

EL OBISPO MILZÁIN Y LOS PECADOS DE VERANO, por Jaime Mandarina.

I

El obispo Milzáin caminaba ensimismado por el paseo marítimo, con la sotana bailándole entre las piernas. Traía la zancada pequeña y comedida, casi de niño, y el rostro tan arrugado que recordaba a una huella dactilar. Detuvo el paso y se limpió con la mano derecha la frente y el cuello, embebidos de su propio sudor. El sol, que había explotado de claridad, caía en vertical con la pesadez de una manta de lana. El obispo devolvió la mirada a esa playa suya que ahora era de otros y sintió un alivio comparable al de la absolución de los pecados cuando le llegó una bocanada de aliento de ese mar que parecía un océano. Cerró los ojos: deseaba estar en el frescor sagrado de la sacristía. Retomó el paso y el ceño fruncido, y se llevó una mano al pecho mientras con la otra intentaba amansar la sotana que le acortaba la zancada. Se concentró en el murmullo del mar, pero sólo identificaba una algarabía caótica de risas, gritos y chapoteo. “¿Has oído alguna vez las olas?”, le había preguntado su madre hacía no sé cuántas décadas. Él, con los pies hundidos en la arena, negó con la cabeza. “Pues escucha: es Dios el que habla”. Él se embobó con la espuma y con sus pies mojados. “¿Y siempre dicen lo mismo?”, preguntó el niño Milzáin con la curiosidad anidada en los ojos. La madre se agachó y, clavando en él la mirada, como siempre que quería decir algo importante, le replicó: “Sí, dirán lo mismo una y otra vez, hasta que los hombres aprendamos lo que Dios quiere enseñarnos”. Y el niño sintió dentro una tristeza repentina y, removido por esas leyes celestiales que no llegaba a comprender del todo, se prometió a sí mismo escuchar al Altísimo y propagar su mensaje, ése que las olas grababan en la arena con la suavidad de una nana. “Ahí nació mi vocación”, se reconoció el obispo. Y se lo tuvo que repetir

con la voz más contundente porque el indiscreto alboroto de los bañistas lo distraía de sus pensamientos. “Ahí nació mi vocación”, se dijo y esta vez sí se escuchó.

Al otro lado, a su izquierda, tragándose el monólogo de las olas, vio una hilera de hombres que reposaban sus cuerpos en una baranda que de tan blanca se diría de mármol. El obispo Milzáin les dedicó una mirada discreta y enseguida reconoció a los maridos que acompañaban a sus mujeres a misa. Supo que a algunos de ellos los confesaba a menudo y no pudo evitar acordarse de los pecados ajenos. Les levantó una mano, siempre con prudencia, mientras aflojaba el paso. Repitió la operación y ondeó el brazo, esta vez con más brío. Nada. Ninguno de los hombres que descansaban en ese mirador les ofreció sus respetos y el obispo, enrojecido de vergüenza, agachó la cabeza y el camino a la Catedral se le antojó más largo o quizás más penoso que de costumbre.

El obispo Milzáin, alborotado por la actitud de aquellos feligreses que seguían absortos en la playa, volvió la vista al azul oceánico e, iluminado por el mismísimo Espíritu Santo, entendió la escena. Arremangándose la sotana más arriba de las rodillas, apretó el paso, como si las campanas acabaran de tocar los cuartos, como si tuviera que alejarse de allí para seguir con su vida. Les dio la espalda al mar y a la playa y a los bañistas y a las suecas y a las olas blancas, y, con un ligero vaivén de pies, impropio de un obispo e impropio también de un hombre de su edad, subió la escalinata que lo alejaba de tan bochornoso paisaje.

Los hombres, como devotos que esperaban a que se les apareciera la Virgen, entornaban los ojos como miopes y soportaban estoicos ese sol colosal que parecía derretirse. Nada les importaba a las afueras de aquella estampa que tenían ante sus ojos. Una repentina ráfaga de aire les refrescó las entrañas y los animó a seguir enajenados, con la boca entreabierta y el cuerpo echado sobre esa baranda que de tan blanca parecía de mármol.

II

Subido al púlpito y con la sotana ya serena, el obispo Milzáin se templó la voz y guardó un inesperado silencio. Se mantuvo callado: fueron casi tres minutos que parecieron flotar entre las llamas temblorosas de las velas, sobre las cabezas duras de los santos y bajo las cúpulas de aquella iglesia gótica. Él dejaba vagar sus ojos sobre los feligreses con la misma parsimonia con la que una verdugo elige a su víctima y ellos, todos callados, todos como muertos, lo miraban con las cejas levantadas, invitándolo a hablar. Un hombre suspiró; después, ojeó con aparente disimulo su reloj. El aletear de los abanicos, siempre en manos de mujeres, contrastaba con la quietud de los santos y del propio obispo. Alguien tosió y dos feligresas volvieron la cabeza. Milzáin sacó una sonrisa estrecha mientras reconocía a algunos de los hombres que le habían negado el saludo, éstos de las caras achicharradas, éstos que fingían embobarse con el mar cuando el realidad se embobaban con las suecas, éstos que ahora parecían diferentes, menguados y mudos junto a sus mujeres, que seguían con las miradas fijas en el púlpito. Milzáin salió de sus pensamientos:

—Buenos días a todos en este sábado de agosto que parece de fuego. Quizás sea porque el infierno está más cerca que nunca. ¿Notan el calor?

Las mujeres se abanicaban con ahínco. El obispo, sugestionado por su propia homilía, tenía ya la cara tatuada con su propio sudor:

—Aunque el Evangelio de hoy nos trae una bellísima parábola sobre los talentos, permítanme que les hable de la tentación y de cómo el Diablo nos confunde y nos lleva de la mano hasta el pecado. Ay, hijo mío —. Y miraba a los hombres, que distraían sus ojos en las pinturas de la iglesia, en las caras entristecidas de las vírgenes o

en los movimientos que inventaban con sus propios dedos—, no os engaños. No busquéis la felicidad en lo que a Dios ofende. Ya lo dijo en su epístola el Apóstol Santiago, tan querido por nosotros: *cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios, porque Nuestro Padre no puede ser tentado por el mal, ni tienta a nadie.* Hermanos, Dios nos quiere libres de pecados. ¡Libres de pecados! No os dejéis embaucar por los vicios extranjeros, porque son maldades que vienen de fuera con la intención de corromper España. Ya visteis lo que le pasó a Eva por dejarse seducir por la serpiente. Y este pueblo está lleno de serpientes, serpientes con caras de ángeles y cuerpos de sirenas, serpientes que sonríen y bailan y embaucan y provocan. La tentación, hermanos, se viste con los trajes más vistosos, pero no trae más que esclavitudes, soledades y distanciamiento de Nuestro Señor Jesucristo—. Alguna mujer bostezó porque no encontraba aplicación alguna a las palabras del obispo y se puso a rezar el rosario: “Eso que tengo ganado”—. El discernimiento, iluminado por Dios a través de la oración, está en vuestros corazones. Confío en que sepáis huir de la vileza del verano, de los pecados de este calor que nos afloja el cuerpo y nos enturbia el alma. Rezad, rezad mucho para que Dios os ilumine y os aleje de la tentación que nos sale al encuentro por las calles. El que tenga oídos, que oiga. Poneos en pie.

—Tiene razón. Una ya no puede ir tranquila ni a comprar el pan —le dijo entre susurros una mujer a su compañera de misa, las dos con abanicos que les soplaban las caras. Menearon al unísono sus moños.

Rezaban todos los feligreses el Padrenuestro con la voz ronca y profunda, como recién salida del alma, cuando el obispo Milzáin, que tenían los párpados echados y las manos entrelazadas a la altura del pecho, abrió los ojos y gritó: “Y no nos dejes caer en la tentación”. “Mas líbranos del mal. Amén”, respondieron recatados los feligreses, que no entendían esa obsesión del obispo con la tentación aquella mañana en la que el calor se colaba hasta en la iglesia.

IV

Como un juez que busca pruebas para condenar a los sospechosos, el obispo Milzáin, con su uniforme de apóstol del Señor, se acomodó en una de las terrazas que miraban al mar. El alba aún rojeaba la playa y el paseo marítimo se le antojaba como un escenario sin actores. Después de tres cafés y de alegrarse con algunas noticias de los periódicos nacionales, pudo comprobar con sus propios ojos, igual que el incrédulo Santo Tomás, cómo muchos de los hombres que el día anterior habían recibido sus inspiradas palabras desde el púlpito, llegaban en grupo a la avenida de la playa y, tras remolonear con descarada desgana, se apostaban frente a la baranda que de tan blanca parecía de mármol. Allí, clavaban sus codos, y sobre ellos, reposaban sus cabezas, como un lienzo sobre un caballete. Y el espectáculo de rubias y bikinis se desplegaba ante ellos, alimentaba sus fantasías y hacía sus conversaciones picaronas y traviesas, como un paréntesis en sus ordenadas vidas. Y nada parecía importarles que sus acciones fueran repudiadas por el Gobierno y por el mismísimo Dios.

El obispo Milzáin, al cerciorarse de que los hombres de su pueblo, hasta entonces virtuosos, seguían buscando la tentación con el ansia de un niño que no se empacha de golosinas, empezó a escribir en su pequeña libreta de tapas marrones la

homilía para la próxima misa. Y escribió con sus letras inclinadas y casi inteligibles algo sobre los sordos de corazón, sobre los que prefieren la comodidad del pecado a los esfuerzos que requiere la obediencia al Señor, sobre los que eligen los placeres y el vicio a los sacrificios de la cruz. Y se acordó de Israel, que obvió las palabras de Dios, pero que no pudo escapar a sus designios. Y meneó la cabeza de un lado a otro, como espantando una mosca. Y antes del final, el obispo levantó los ojos del papel y soltó algo parecido a un improperio. Después, se santiguó para concederse el perdón que él mismo administraba.

V

—Ave María Purísima —sonó, cargada de culpa, la voz de un hombre arrodillado.

—Sin pecado concebida —respondió el obispo Milzáin y después, carraspeó.

—Padre, he pecado porque me he bañado en una playa mixta y... (El resto de la confesión se ha omitido por la nula aportación al relato de estos acontecimientos verídicos).

—Eso no está bien. ¿Y se arrepiente usted de haber compartido baño y olas con las mujeres?

—Pues, supongo —dice en un susurro.

—¿Cómo que supone?

—Pues que supongo porque no encontré nada malo.

—¡Basta ya! Ni absolución ni nada. Usted no la merece —. Y los gritos sobrevivieron varios segundos dentro de la catedral porque las bóvedas los iban repitiendo, una y otra vez, contagiadas por el eco.

El obispo Milzáin dio un puñetazo o una patada a la madera del confesionario. Y hasta el hombre, que estaba de rodillas, se tambaleó. El obispo se agarró la sotana y salió del confesionario como si el habitáculo estuviera en llamas o se hubiera colado dentro el mismísimo Diablo. Y el feligrés abandonado se quedó con todos sus pecados. Ni de uno sólo lo descargó este apóstol del Señor.

VI

Madrid, 28 de agosto de 1967

“Excelentísimo obispo Don Manuel Milzáin de Cascabellos,

Atendiendo a su petición y siendo conscientes de los problemas que para la moral cristiana y para la Fe en Nuestro Señor Jesucristo suponen las playas de su pueblo, he de decirle que desde el Gobierno de España no se cree conveniente ejecutar medida alguna para prohibir la presencia de extranjeras, sobre todo suecas, que lucen esos bañadores tan de moda en el resto de Europa. Aunque bien es cierto que esos valores nuevos contradicen la idea de nuestra Nación, católica, recatada y poblada por ciudadanos buenos y virtuosos, se hace imposible tomar cualquier decisión que perjudique al turismo, ya que la llegada de extranjeros hace grande nuestro país y no es más que la muestra de la admiración que esta tierra causa fuera de nuestras fronteras. Por lo tanto, y aunque la carta que Usted nos envió expone razones más que contundentes para censurar los bañadores y las modas europeas en las playas de su pueblo, la Grandeza de España exige ciertos sacrificios a la Iglesia. Estamos seguros de que Nuestro Dios estará

agradecido y entenderá esta pequeña concesión para hacer de nuestro país, que también es el Suyo, una potencia mundialmente conocida.

Sin más, le presento mis respetos

El Ministro de Turismo, don Antonio Parra”.

Tras leerla dos veces, el obispo Milzáin arrugó la hoja de papel y, cuando estuvo hecha una bola irregular, la aplastó con sus manos. Maldijo al resto de Europa, maldijo la tentación y sus facilidades, maldijo las modas que son obras del Diablo y maldijo también —con un puñetazo en la mesa— la pasividad del Estado, al que él suponía un aliado de Dios. Después, se santiguó y escribió una nueva carta, esta vez dirigida al Generalísimo. Le proponía otra solución que, si bien era menos tajante, ayudaría a mantener a salvo a esos cristianos españoles que se veían abrumados por las engatusadoras extranjeras.

VII

La mañana del último día de agosto, en la que el calor ya se debilitaba, los hombres que compaginaban las misas con ese cabaret playero iban en procesión hasta el paseo marítimo. El alma se les cayó a los pies cuando comprobaron que una grúa hacía añicos esa baranda que de tan blanca parecía de mármol, y que tan buenas vistas les había ofrecido durante todo el verano. Uno aceleró el paso:

—¿Ha pasado algo? —preguntó el hombre de los pecados sin perdonar.

—Sí, que se quita la barandilla. Orden del Gobernador y a instancias del Obispo.

Tiene hasta la aprobación del Generalísimo —les explicó un obrero, que se creía importante por ejecutar una orden con tantos firmantes.

—Pero, eso... no puede ser. ¿Y qué van a poner? —insistió.

—Plantaremos unos árboles de más de tres metros. Mire, aquéllos que tenemos en el camión de la esquina —relató el obrero y sació así la curiosidad de los hombres, ensombrecidos por la decepción—. Dicen que el paseo estará así más bonito, pero yo creo que es por las suecas ésas, que distraen a cualquiera. Así quedan escondidas. Lo que no se le ocurra a éste, nuestro obispo, no se le ocurre a nadie.

Y allí, quietos, los hombres contemplaron el destrozo. La baranda que parecía de mármol quedó reducida a un montón desordenado de piedras blancas.

Al día siguiente, ya había un muro verde que separaba el paseo marítimo de la playa, un telón echado que anunciaba el fin de la función.

VIII

El obispo Milzáin, subido en su púlpito y con la sotana tapándole los pies, sermoneaba con la frente altiva y la voz de vencedor. Y en la homilía habló de los Triunfos del Altísimo, del Pastor que siempre cuida de su rebaño de almas, del Dios que vela por los que le aman, de los caminos del Señor, que son inescrutables. Y supo que algunos de los hombres que lo observaban desde los bancos lo reprobaban con la mirada y hasta lo condenaban en silencio, como jurándole venganza. Ni en esa misa ni en otras sucesivas, ni siquiera en el confesionario, volvió a ver al pecador que había dejado con las faltas a medio perdonar. Y en un silencio, le dijo al Diablo: “Otro más para ti”.